

**SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR  
MISA DEL DIA**

**Homilía del P. Abad Josep M. Soler  
25 de diciembre de 2018  
Is 52, 7-10; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18**

*Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* (Is 9, 6; cf. canto de entrada). Con estas palabras, hermanos y hermanas, la Iglesia expresa su maravilla por el don del nacimiento de Jesús que Dios le ha hecho y, al mismo tiempo, lo proclama por todo el mundo. Acoge con alegría el gran mensaje que acabamos de escuchar en el evangelio: Jesús, en su pequeñez y envuelto en pañales, es *la Palabra* que desde el principio ya existía y estaba con el Padre y ella misma era Dios.

*Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado.* Primero, ha sido dado a María. Ella es la mujer, toda santa, que Dios se escogió para llevar a cabo en su seno la maravilla del Hijo de Dios hecho hombre. Pero, María es también la representante de toda la humanidad. Porque Jesucristo no ha nacido sólo para ser su hijo, sino por ser el salvador del mundo. En este sentido, nosotros, la humanidad, hemos ofrecido a Dios un miembro de nuestro colectivo para serle madre para que el *Hijo* de Dios se pudiera hacer hombre y ser uno más entre nosotros.

El *Hijo*, pues, ha sido dado a María y ha sido dado a todos nosotros, a la humanidad entera (cf. Himno "Pange lingua"). Nos ha sido dado -tal como proclamaba el Evangelio- como *Vida* y como *Luz verdadera*. Para que nuestra existencia tenga una profundidad humana y espiritual y pueda participar de la *Vida* de Dios. Para que, *al venir al mundo*, ilumine a *todos los hombres*. Por eso puso *entre nosotros su tabernáculo*. Tal como la tienda del arca de la alianza estaba en medio del campamento del pueblo de Israel durante su peregrinación hacia la tierra prometida (cf. Ex 33, 7), desde su nacimiento, Jesucristo está presente en medio de la humanidad como un vecino más del mundo para hacer presente a Dios.

El Padre nos lo ha dado por medio de Santa María para ser la mano extendida hacia los pecadores y descarriados, para hacernos volver a él cuando nosotros nos habíamos apartado del camino de la vida y de la felicidad; el Padre nos lo ha dado para que nos enseñara el amor divino con que somos amados y aprendiéramos a amarnos unos a otros (cf. Preg. eucarística de reconciliación II). Nos ha sido dado, pero -como decía el Evangelio- *muchos no lo recibieron*. Ya de pequeño, según narra el evangelio de San Mateo, fue perseguido por Herodes y los padres lo tuvieron que llevar a un país extranjero (cf. Mt 2, 13-15). Y, más adelante, fue rechazado por los suyos y condenado a muerte. También esto formaba parte del don que, en él, el Padre nos había hecho y del don que Jesús había hecho de sí mismo: "nos amó hasta el extremo" y por ello "se entregó en nuestras manos y se dejó clavar en la cruz" (cf. Preg. eucarística de reconciliación I). Nos ha sido dado a la humanidad y con nuestro mal comportamiento, lo hemos llevado a la cruz. Él, sin embargo, que había nacido para ello, ha vencido el mal y la muerte desde dentro. *Y a todos los que lo reciben, a los que creen en su nombre, les concede de poder ser hijos de Dios.*

*Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado.* El don no acaba con la muerte y la resurrección. Sigue dándose aún hoy. Desde el nacimiento, Jesús es "el hombre para los demás", todo él don de amor generoso y misericordioso. Él es el Emmanuel, el Dios con nosotros hasta el fin del mundo (Mt 28, 20) para llevarnos a la salvación, en la filiación divina, para hacernos participar de su divinidad. Sobre todo continúa dándose en la Eucaristía. Se da al Padre con aquellas palabras que nos revela la carta a los hebreos: *me has preparado un cuerpo, [...] aquí estoy para santificarlo con la obra de la purificación de los pecados* (Heb 10, 5; 10, 1. 3). Y se da a nosotros: tomad

que esto es mi cuerpo y mi sangre entregados por vosotros, comed y bebed todos (cf. palabras de la consagración).

Siguiendo el modelo de Jesús, nosotros nos tenemos que dar a los demás en la vida de familia, en el ocio, en el trabajo, en el compromiso social. No tendría sentido celebrar la Navidad y no aumentar la calidad de nuestra entrega a los demás y de nuestra implicación en la búsqueda del bien común. Como signo de nuestra voluntad de donación, de compromiso, os proponemos colaborar en la colecta que al final de la celebración haremos para ayudar a las personas necesitadas; lo que recojamos será entregado a Cáritas para que puedan atender el número creciente de peticiones que reciben.

*Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado.* Esto nos llena de alegría y de esperanza porque sabemos que este hijo nacido de la Virgen María es el Señor que ilumina y guía la historia humana hacia su término final, donde *Dios enjugará las lágrimas de los ojos y no habrá muerte, ni luto ni sufrimiento, [...] donde no habrá ni idólatras ni mentirosos*, y donde habite la fraternidad (Ap 21, 27.04). Seamos, pues, testigos de la gloria de Jesucristo que hemos contemplado en la fe y hemos celebrado en esta liturgia. Con alegría y con coherencia de vida, anunciemos en nuestro entorno que *un niño nos ha nacido* y que también *les ha sido dado*, a ellos, este hijo.